

## CUENTOS DEL RIO HUAYANAY (\*)

José María Arguedas

Se quedó allí porque era la quebrada más angosta y honda.

Un río cristalino corría por el fondo, entre bosques de sauces y de lambras. El agua bajaba sobre un cauce de rocas y formaba pequeños remansos cubiertos por la sombra de los árboles. En los remansos vivían peces de escamas brillantes; cuando caían piedras al río los peces iban a esconderse entre las yerbas de las orillas. De tarde en tarde llegaban a los remansos parejas de unos patillos grises; entraban a la quebrada con mucho trabajo y nadaban hasta el oscurecer; tenían la cabecita roja y unas manchas blancas rodeaban sus ojos.

El río era pequeño y hondo; habían cavado su cauce golpeando la roca durante muchos siglos; después habían crecido los árboles, habían venido las aves que cantaban en el bosque y habían aparecido los peces; y crecieron las flores pequeñas, azules y amarillas que temblaban a la orilla de los ríos y en el campo abierto, sobre la falda de los cerros.

La quebrada de este río pequeño era la más alejada de los pueblos y de los sembrados. Los árboles estaban cubiertos de salvajina; en la roca brava de las orillas crecían cactus enanos de flores rojas; las piedras que habían caído hasta el río estaban cubiertas de arbustos parásitos, grises y espinosos. Los gavilanes y las grandes aves de rapiña no bajaban a la quebrada, volaban despacio, escudriñando muy hondo, pero cruzaban el aire sin bajar nunca hasta las orillas del río. El agua sonaba en las piedras y golpeando la base de las montañas, su voz llegaba muy lejos. Y los indios de los pueblos le temían.

Allí fijó su guarida el puma más grande de toda la región. Cuando llegó, empezó una nueva historia de la quebrada.

---

(\*) El presente es un texto desconocido. No lo registran William Rowe ni E. Mildred Merino de Zela en sus bibliografías sobre el autor de *Todas las sangres*. Tampoco ha sido incluido en sus *Obras completas* publicadas por la Editorial Horizonte, en 1983 (colección que recoge toda la producción literaria). Lo transcribimos del diario *La Prensa*, de Lima, edición del 3 de setiembre de 1944, p. 6 (Miguel Angel Rodríguez Rea).